UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

21 de julio de 1936

Daniel Castillo Hidalgo

SEGUNDO PREMIO 2020

21 de julio de 1936

Daniel Castillo Hidalgo

21 DE JULIO DE 1936

VALKORNASH

La brisa oceánica soplaba suavemente sobre la cubierta del vapor, que se adentraba en el mar y en las profundidades de la noche. Todo el pasaje se encontraba en sus camarotes, y tenues luces iluminaban el paso de aquella bestia metálica, como si de una cohorte de almas perdidas se tratase. Domingo subió a la cubierta, apenas protegido por un abrigo de lana muy desgastado y sucio que había podido coger en el último momento en el depósito de carbón del muelle. Los polizones como él solían viajar sin maleta. Lo más preciado que podían transportar era su propia existencia y sus recuerdos, amenazados de un modo u otro en una tierra que se desangraba por la barbarie fascista.

A él nunca le habían gustado mucho los barcos, y menos navegar, aunque por ironías del destino acabaría trabajando en el puerto. Se mareaba con el simple hecho de pensar en la oscilación natural de las olas, especialmente cuando le tocaba trabajar en buques anclados en la bahía de La Luz. Sin embargo, al menos en aquella travesía, contaba con una cierta ventaja en la contención de las náuseas, puesto que los vientos alisios domeñaban las aguas del Atlántico en rumbo sur, reduciendo de forma ostensible el balanceo del buque. Domingo pensó en aquellos navegantes barbudos que se enrolaban en desvencijados cascarones de nuez rumbo a lo desconocido y que habían surcado aquellos mares antes que él, varios siglos atrás. Aún recordaba amargamente la última vez que había navegado en dirección sur-norte por aquella costa africana. Se estremecía al recordar el ímpetu del viento y las olas sacudiendo el casco metálico del vapor, que se afanaba por no hundirse en lo más profundo del océano tras cada embestida de Neptuno. Un embate fatal, en ocasiones titánico, de imprevisible final. Las letanías murmurantes del aterrorizado pasaje y los miembros de la tripulación rezando a todas las vírgenes y santos del panteón, rogando por la salvación del buque y de sus almas, aún resonaban en su cabeza como un coro fantasmal. Sin embargo, en aquel momento, Domingo contaba con la presencia de un salvavidas improvisado: su padre. Aquel hombre parecía estar impertérrito ante lo que estaba sucediendo. Bien por inconsciencia o por un valor extremo –y también probablemente insensato–, su padre no se dejaba amedrantar fácilmente. Siendo un hombre de campo, sin gran experiencia en la mar salvo el viaje de ida hacia Montevideo, parecía no dejarse impresionar por el batir incesante de las olas. Posiblemente, haber sobrevivido a la gripe del 19 había atemperado su relación con la muerte. Su mirada serena, de ojos negros como el ébano, le bastó para encontrar un respiro de alivio entre tanto terror.

—Tranquilo, hijo mío. Pronto estaremos en casa y a salvo.

Aquello fue lo único que dijo su padre aquella noche, y eso y un abrazo fueron más que suficientes para serenar al pequeño Domingo. Apenas un par de horas después, una lejana luz emergió entre la bruma nocturna como una antorcha salvadora sujeta por San Telmo o la mismísima Virgen del Carmen, igual daba a quién se hubiesen dedicado las plegarias y súplicas horas atrás. Siguiendo una serie de impulsos rítmicos, aquel fulgor se fue haciendo cada vez más y más claro hasta que la luz se alzó majestuosa. Se trataba del Faro de Maspalomas, situado en el punto más al sur de la isla de Gran Canaria. Su padre tenía razón. Ya estaban en casa.

Sin embargo, en la actual travesía no estaba su padre. Ni siquiera había mal tiempo, ni la esperanza de un ansiado retorno al hogar familiar, donde esperaba la abuela Pino con un potaje de arvejas y un trozo de queso curado que hacía llenar la estancia de unos aromas imborrables en la memoria. Por el contrario, aquel buque se alejaba a toda prisa de una tierra condenada a la represión, la violencia y el dolor. Una puñalada en el corazón provocada además por un inabarcable sentimiento de culpa al asumir el destino de su fortuna personal, huyendo del horror que se había desatado en la isla. Esa alegría egoísta, fruto de la ocultación y el exilio, se transformaba en hondo pesar cuando cerraba los ojos y ante él aparecían los rostros de su primo Antonio, sus amigos y camaradas, capturados por las cuadrillas de camisas azules, sádicamente interesados en la tortura, la humillación y el asesinato. Los remordimientos le abrumaban en un torbellino de melancolía y angustia que se arremolinaba en torno a sus ojos, de donde brotaban lágrimas de profunda pena. Él y todos los demás sabían que sostener la resistencia armada activa en las Islas era casi imposible. El golpe había triunfado de forma general en casi todos los cuarteles, donde habían ejecutado de forma sumarísima a cualquier *rebelde* que se hubiese mantenido fiel al sagrado juramento militar a la Constitución. Ya desde el mes de febrero se habían escuchado rumores en las tabernas sobre la organización de un levantamiento militar contra la República. Algunos jóvenes comunistas que frecuentaban la Casa del Pueblo de La Isleta habían ideado planes para organizar una guerra de guerrillas en las cumbres de la isla si finalmente se producía el alzamiento.

Domingo no podía dejar de pensar en aquellos jóvenes que, como él, veían en la República una oportunidad de cambiar el destino democrático de su país. Había compartido con muchos de ellos, no solo extenuantes turnos de trabajo cargando y descargando sacos en el muelle de La Luz, sino el descubrimiento de un nuevo mundo cuando aprendió a leer en la Casa del Pueblo de La Isleta. Le habían enseñado a escribir su nombre, pero también a conocer las normas y derechos en el trabajo e incluso pequeños extractos de filosofía, entremezclados con conocimientos básicos de política. Allí entró en contacto con Marx, Engels o Hobbes, pero

también con Ortega o Giner de los Ríos, y otros autores españoles que se interrogaban sobre el presente y el futuro de la esencia patria.

La Casa del Pueblo fue dinamitada de forma brutal por los golpistas, como advertencia del peligro que representaba la cultura como elemento transformador. En aquella cubierta en medio de la noche, Domingo sabía que muchos de sus amigos y camaradas yacían muertos, arrojados a un pozo o junto a la tapia de un cementerio tras ser fusilados o recibir un disparo a bocajarro en la nuca. Otros fueron simplemente arrojados vivos a los pozos maniatados para que se ahogaran irremediablemente en un acto atroz de sadismo. Desde la tarde del alzamiento militar, se habían propagado rumores de asesinatos masivos en Tenoya, Arucas o San Lorenzo. Cuadrillas de falangistas que campaban a sus anchas con el amparo del gobierno militar, entraban por la noche en las casas, golpeando y arrastrando a aquellas almas desgraciadas cuya única ofensa y acto de rebeldía eran la defensa del orden constitucional vigente. El dolor desde las entrañas de los quejidos de sus madres, mujeres e hijos desgarraba el silencio de los barrancos canarios tras cada detonación trágica de pistola o fusil. Las *brigadas del amanecer* habían ido también a por Domingo, pero afortunadamente, en aquel momento no se encontraba allí. Cualquier pretexto era bueno para el asesinato y la violación. El primo de Domingo fue arrojado a la Marfea, en la carretera que unía Las Palmas y Telde. El joven Antonio, de veintidós, cayó al mar, junto con otros tres jóvenes que pertenecían al Sindicato de Industrias Marítimas. Maniatados y metidos en sacos, los falangistas aullaban de éxtasis en una danza macabra que se reafirmaba con cada asesinato. Otros corrieron mejor suerte y *solo* sufrieron torturas y encierro en calabozo. Golpeados brutalmente y despojados de cualquier signo de humanidad, muchos conocidos de Domingo fueron expuestos públicamente como animales *domesticados* en señal de advertencia. Sus esposas e hijas no corrieron mejor suerte. La mayoría fueron violadas y torturadas, afeitándoles la cabeza para marcarlas como mujeres vulgares. El nuevo régimen del terror autorizaba y promovía el insulto y la agresión física como castigo por su *supuesta* traición. Aquellas personas representaban la *Anti-España* y, como tal, debían ser castigados, expurgando sus delitos con derramamientos de sangre. Aquellas imágenes de pesadilla perseguirían a Domingo para siempre.

Ese horror permanente quedaba ahora atrás, difuso entre el negro humo que emitía la chimenea del HMS Congo, fletado por la compañía *Elder Dempster*. Domingo se sentó en un pequeño banco en la proa del vapor y miró al firmamento, con ojos vidriosos. La ausencia de luna permitía observar claramente las estrellas, jueces implacables del destino incierto que se abría ante él. Respiró profundamente y sintió el frescor salado del mar, que lo reconfortó durante apenas un instante. En ese momento, tras él, resonó una voz ronca y familiar:

—¿Cómo está el pájaro canario? —con un marcado acento inglés.

—Todo lo bien que se puede estar cuando tienes que huir de tu tierra…dejando a lo más querido atrás —dijo Domingo con una tristeza infinita y voz entrecortada por la emoción contenida.

—Bueno, ya buscaremos una solución cuando lleguemos a puerto. Siempre hay una solución, *my friend* —dijo aquel hombre de imponente silueta mientras apoyaba los brazos en la baranda del buque, oteando el horizonte mientras sacaba un cigarrillo de la cartera.

Domingo no respondió. Sabía que aquello era más un deseo que una realidad, unas palabras piadosas provenientes de un buen cristiano. Estaba tranquilo porque sabía que su viejo padre no corría un peligro real. Su hermano tampoco estaba involucrado en nada por lo que pudiese ser perseguido. De hecho, hacía años que no sabía nada de él y se rumoreaba que se había instalado en La Guaira y trabajaba como capataz en una finca cultivando cacao. Sin lugar a dudas, lo que más amargura y pesar le causaba era la pérdida del amor de su vida. Su prometida se había visto obligada a desaparecer junto a su familia al día siguiente del alzamiento militar, embarcando apresuradamente en un buque hacia México.

—Man, ¿ya has pensado qué harás cuando lleguemos a Dakar? —preguntó de nuevo el inglés, tratando de sacar a Domingo de sus pensamientos.

—No lo sé todavía. Aún no me creo que haya podido escapar después de estos días que han pasado. Nadie puede saber que estoy en este barco.

—De eso me encargo yo. Tú tranquilo —respondió esbozando una media sonrisa que dejaba entrever una boca casi desdentada.

Roger Stone era un viejo lobo de mar. Su vida y la de su familia eran como una novela de aventuras con diferentes capítulos a cuál más interesante. Roger había nacido en Liverpool en 1885, siendo el menor de ocho hermanos. Sus antepasados habían mantenido una relación de idilio constante con el mar. Stone decía que uno de sus ancestros había sido fundador de una colonia en Massachusetts en el siglo XVII, convirtiéndose con el paso del tiempo en un rico propietario, cuyo patrimonio familiar acabaría financiando la Guerra de Independencia contra los ingleses. Aquellos eran los típicos rumores que se escuchaban en las cantinas del puerto de Liverpool, llenas de botellas vacías y bolsillos roídos por la pobreza. Fuera como fuese, Stone aprovechaba cualquier oportunidad para sacar a relucir las bondades de su *rancio abolengo*. De tal modo, se vanagloriaba en rememorar las andanzas de un bisabuelo que –decía– derrotó a la flota de Napoleón en Alejandría. Para completar esta rocambolesca narración, se incluían otros detalles, como que también había participado en la recuperación de la piedra Rosetta justo en el momento en que los franceses eran expulsados del país de los faraones, siendo obligados a

entregarla, para mayor gloria del Imperio Británico. Nada era vulgar en las narraciones del viejo Stone. Su padre, marino también de la *Royal Navy,* participó en la Guerra de Crimea y según cuenta tras alguna copa de más, fue "el primer soldado en toda la Historia de la Humanidad en disparar una ametralladora". Aquella hazaña hizo ganar a su abuelo el mote del "huracán de Liverpool". Cuando Stone se retiraba de la taberna, las malas lenguas aseguraban que aquel apelativo tenía mucho más que ver con su capacidad heroica y casi inhumana de arramplar con cualquier tipo de alcohol sin emborracharse, que con una gesta militar en una tierra dejada de la mano de Dios. En todo caso, Roger había crecido así, entre tabernas y marinos, escuchando historias fascinantes que llegaban de todas partes del mundo. Por aquel entonces, el puerto de Liverpool era uno de los más importantes del planeta. El comercio ultramarino del Imperio Británico pasaba por sus muelles, así como gentes e ideas venidas de todas partes. A él siempre le había fascinado aquel entorno de maravillas de todo orden. Cuando tuvo edad de hacerse a la mar como tripulante, su padre ya era muy mayor. Sus hermanos le consiguieron varios embarques en buques mercantes que realizaban el comercio entre el Mediterráneo y Asia. Argel, Orán, Alejandría, Port Said, Calcuta, Singapur, Taiwán... La travesía por el Canal de Suez le pareció un sueño, y se recreaba la imaginación, soñando que navegaba codo con codo junto a su bisabuelo como faraones victoriosos, enarbolando la *Union Jack* con una botella de ginebra en cada mano.

Por los buenos servicios prestados, Roger Stone se ganó un buen puesto en tierra, trabajando como capataz de estibadores para la empresa *Elder Dempster,* cuya sede principal se encontraba en Liverpool. En 1924 se le ofreció la ocasión de instalarse en Gran Canaria para coordinar las tareas de carboneo de la flota de la compañía. El salario y clima eran atractivos para él, pero no tanto como la fama internacional de belleza, encanto y exotismo que representaban las mujeres canarias. Entre estos tres factores, el determinante para trabajar en La Luz fue el último sin lugar a dudas. Unos años después, en 1930, un jovencísimo Domingo comenzaba a trabajar como jornalero en el puerto, y por su buena disciplina, pronto comenzó a ser seleccionado de forma regular por las manos de estibadores que trabajaban para *Elder Dempster*. Aquel era un trabajo duro y peligroso, además de irregular. Si no atracaban buques en el puerto, no se obtenía ningún jornal. La coyuntura, además, era compleja por una crisis que decían se había desatado por culpa de unos grandes bancos en América. Realmente poca gente en el muelle sabía qué estaba pasando y, sobre todo, por qué había menos buques y, en consecuencia, menos trabajo y más pobreza. Muchos achacaban la situación a la inoperancia del gobierno provisional y la crisis de Marruecos. Otros decían que eran los comunistas y los socialistas que bloqueaban la situación política del país. En cualquier caso, en este contexto

crítico, Domingo se demostraba como un hombre muy austero en sus gastos y raramente frecuentaba las tabernas, tratando de ahorrar cada peseta que ganaba, viviendo con lo justo y necesario para subsistir cada día. La idea que rondaba en su cabeza y por la cual se había desplazado desde las medianías de Telde, era la de acumular un pequeño capital y comprar alguna finca en Los Llanos. Aquella sería una vida dura, pero mucho más tranquila y sosegada que aquella en la ciudad, y además podría estar cerca de sus amigos y parientes.

Trabajando en el puerto, acabó conociendo a un capataz que tenía buena fama entre los trabajadores de los muelles, cosa que no era muy común. Estricto, pero justo y de buen corazón, aquel viejo Stone era alguien que se hacía respetar con su ejemplo personal. Su rectitud y sobriedad en el puesto de trabajo experimentaba una metamorfosis absoluta cuando se terminaba la faena y entraba el *whiskey* en su garganta. Aquel hombre se transformaba en un espectáculo de anécdotas, canciones e historias maravillosas de tierras extrañas allende los mares. Sin embargo, su amistad acabó forjándose gracias al *football*. Stone era, sin duda, muy viejo para jugar, pero se ocupaba de organizar partidos los sábados por la tarde en una explanada cercana al puerto. En ese descampado recreaba en su mente los enfrentamientos entre el Newcastle y el Liverpool F.C. y las tardes que pasaba con su padre acudiendo al estadio de Anfield Road a ver a los diablos rojos. Desde la banda, con un cigarro puro de vitola robusta en los labios, y una botella de *cognac*, dirigía a los obreros descalzos que chutaban con fuerza una pelota de cuero de vaca, dura como una roca, ante la mirada divertida de los vecinos y curiosos que disfrutaban del entretenimiento. El mejor de aquellos aspirantes a jugadores era un extremo rápido y técnico, capaz de desbordar a sus rivales con un talento natural que sobresalía en aquel campo de tierra fina. Domingo marcaba goles a pares y Stone lo alineaba siempre con su equipo, organizando apuestas en las que obtenía importantes sumas de dinero. Un negocio lucrativo en el que muchos trabajadores pobres de la zona malgastaban sus escasos ahorros. Domingo hacía ganar cada semana bastante dinero al capataz inglés con el que se pavoneaba ante las solteras que rondaba sin mucho éxito, y su empatía por el joven teldense aumentaba con cada *chut* al fondo de la portería. De este modo, Domingo comenzó a trabajar en operativas del muelle, que eran mucho menos fatigantes y peligrosas, y que además estaban mejor pagadas gracias a la intervención de Stone, que deseaba mantener a salvo a su jugador estrella. Esta situación multiplicó el tiempo de ocio disponible para Domingo, que le empujó a visitar la Casa del Pueblo, donde decían que enseñaban a leer y escribir. Si uno quería ser un digno y respetable propietario de una finca, tendría que saber leer y escribir para que no trataran de engañarle con el cobro de impuestos o la colocación y el valor en el mercado de las papas o

la fruta que plantase en sus tierras. Un propietario respetable no podía ser analfabeto. Eso lo sabía todo el mundo…

La maestra que enseñaba las reglas básicas de lectura y escritura era una joven brillante que se acabó convirtiendo en el principal incentivo que encontraba Domingo para acudir a aquel lugar. El interés educativo se transformó rápidamente en un sentimiento hondo de admiración, que empezó a rozar la adoración ante aquella mujer que dominaba ampliamente las artes escritas. Mercedes enseñaba a leer y escribir a los adultos en pequeños grupos a los que regalaba su tiempo, atenciones y conocimientos. Los progresos de Domingo eran notables, y procuraba acudir a clase todas las tardes, con el afán de convertirse en el mejor de sus pupilos. En apenas unos meses, aquel estibador eficiente y desequilibrante goleador, empezó a interesarse más por la actividad sindical y la mejora de las condiciones de vida de las familias obreras que vivían en el barrio de La Isleta. El proceso se tornó imparable una vez que comenzó a descifrar intelectualmente los mensajes encriptados que en ocasiones proclamaba Mercedes, y que comenzaban a tener sentido en su cabeza: igualdad, justicia social, solidaridad, derechos. Aquella mujer, un poco más joven que él, desprendía una energía envolvente y fascinante, que irradiaba a través de una aguda inteligencia y un maravilloso don de palabra. Cuando Domingo despertó del letargo intelectual en el que había vivido toda su vida gracias a Mercedes, se percató de que su relación se estaba haciendo cada vez más estrecha. Ella, perteneciente a una familia que vivía con una cierta holgura económica en la ciudad vieja de Las Palmas, militaba orgullosa en las Juventudes Socialistas en las que introdujo a Domingo, mientras él continuaba marcando goles para Stone y descargando buques para la *Elder*. Él conocía de primera mano que Stone había participado en huelgas relevantes en Liverpool durante su juventud, y aunque ahora no fuese un militante activo, observaba con buenos ojos la participación política de Domingo, siempre que no afectase a la casa *Elder* y, por supuesto, siguiera jugando al *football* para él. Mercedes y Domingo acudían juntos a las reuniones semanales del Sindicato de Industrias Marítimas, pero también a los bailes de taifas y verbenas que organizaban en la Casa del Pueblo. Marcharon juntos en los actos de conmemoración del Día del Trabajo en mayo de 1935, cuando se besaron por primera vez, a la sombra de una palmera en la trasera del Hotel Santa Catalina. Aquel día se forjó un sentimiento solo devastado por la barbarie.

***

Los dos hombres permanecían silenciosos en la cubierta. Stone encendió el cigarrillo y señaló con el dedo hacia el frente, inclinando levemente la cabeza y escrutando la oscuridad con sus ojos verdes de un modo que parecía conocer la existencia de algo que resultaba invisible a ojos de cualquier otro ser humano. A lo lejos, empezaba a percibirse un minúsculo destello que

alertaba de la cercanía a la costa. De nuevo, una luz salvadora cuando no divina, se cruzaba en la vida del polizón exiliado. Era el faro de Les Almadies, que se elevaba imponente al norte de la península de Cabo Verde. Dakar se encontraba a apenas unas horas de navegación. Un nuevo comienzo se abría para Domingo en suelo africano.